



## Domingo VI de Pascua

Seguimos escuchando los “discursos de despedida” contenidos en el cuarto evangelio, pronunciados por Jesús al final de su última cena con los discípulos, antes de ser arrestado en el Huerto de los Olivos.

Jesús encomienda a sus discípulos el mandamiento nuevo (cf. Jn 13, 34) y les anuncia su salida de este mundo: “*Me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero... donde yo voy no podéis venir vosotros*” (Jn 13, 33). Este anuncio suscita preguntas entre los discípulos, para que les explique mejor sus palabras. Primero Pedro pregunta: “*Señor, ¿adonde vas?*”(Jn 13,36). Luego “*Tomás le dice: `Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?`. Jesús le responde: `Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí`... Felipe le dice: `Señor, muéstranos al Padre y nos basta`. Jesús le replica: ...*Quien me ha visto a mí ha visto al Padre...¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*” Jn 14, 5-10). Por último, “*Judas, no el Iscariote*”, le hace una pregunta que sigue ocupando también nuestros corazones de creyentes: “*Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?*”*

Aun teniendo fe en Jesús, seguimos teniendo dificultad para asumir las consecuencias de nuestra adhesión a él; y acaso nos preguntamos: ¿Por qué no ha realizado prodigios y acciones extraordinarias que convenciesen a todos los hombres? ¿Por qué ha escogido la humildad, la pequeñez, y un estilo de vida escondida en lugar de buscar la conquista del éxito con todos los medios a su alcance? Esta forma de ver las cosas es la misma de los parientes de Jesús, los cuales le habían invitado a manifestarse al mundo de tal manera que obligase a los hombres a creer en él mediante la evidencia de lo extraordinario (cf. Jn 7, 4).

Pero Jesús desilusiona a quienes razonen de esta manera, y sostiene que lo que cuenta no es la amplitud de la aceptación, no es la cantidad de los conquistados; no, lo importante es que exista una relación personal de amor con Jesús, no la admiración que se pueda tener por un realizador de milagros. En efecto, Jesús nos dice: “*El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él*”. Todo acontece de modo invisible a los ojos del mundo pero real, concreto y con posibilidad de ser experimentado por nosotros. **Lo decisivo es la relación de conocimiento y amor entre el creyente convertido en discípulo y Jesús, “el Señor y el Maestro” (Jn 13, 14): de esta manera el creyente se convierte incluso en morada de Jesús y del Padre.** En efecto, la vida cristiana es “*vida escondida con Cristo en Dios*” (Col 3, 3): todo esto es decisivo para la vida y la salvación; es absolutamente verdadero a la luz de la fe, pero no es materialmente visible y mensurable.



Carlos López Hernández

Jesús se va y ciertamente un día volverá en gloria, al final de la historia; entonces su venida se impondrá a todos los hombres y a toda la creación. Pero en el tiempo intermedio, el que va desde su muerte y resurrección hasta su venida final, Jesús viene cotidianamente al corazón del creyente que ama, que cumple el mandamiento nuevo. Y para que esto acontezca, durante su ausencia física, por encontrarse morando junto al Padre, existe un gran don de parte del mismo Padre: **el Espíritu Santo**, que tiene la función de consolar, de ser enviado a estar junto al creyente para ser su Defensor. El Espíritu nos recuerda todo aquello que Jesús dijo y realizó, haciéndolo presente en la comunidad y en el interior de cada uno de los creyentes. Así desempeña en cada uno los discípulos de Jesús la función de “Maestro interior”, como lo llama san Agustín, capaz de iluminar y guiar la vida de todo cristiano al conocimiento de la verdad completa sobre Jesús (cf. Jn 15,26; 16,13). A lo largo de la vida terrena de Jesús los discípulos tenían su enseñanza directa, pero con frecuencia no le entendían, porque su corazón no estaba preparado para acoger sus palabras. Mas cuando el Espíritu esté presente en el corazón de los discípulos, desaparecerá el “*la dureza de corazón*” (cf. Mc 16, 14), pues el Maestro interior dará “*un corazón que sepa escuchar*” (1 Re 3, 9) y hará al cristiano capaz de conocer, amar y llevar a la práctica la enseñanza de Jesús.

En consecuencia, el cristiano no está nunca solo, sino que gracias al Espíritu Santo es morada, casa, templo de la Presencia de Dios (cf. 1 Cor 3, 16; 6, 19). Más aún, el Espíritu Santo, al hacer realidad la morada del Padre y del Hijo en el corazón de los creyentes, nos hace también capaces de comprender y amar el don de la paz, que nos ha dejado Jesús. Esta paz no es el mero resultado de una amnistía exterior, sino que es el fruto en nosotros de la redención y reconciliación por el perdón de los pecados; es el efecto de la santificación de nuestra vida, vivida en comunión con la vida plena y verdadera de Jesús, el Hijo de Dios y Salvador. Y así, aquella que era la paz de Jesús se ha convertido ahora en nuestra paz.

En cumplimiento de la promesa de Jesús, el Espíritu Santo ha acompañado desde el primer Pentecostés la vida de la comunidad de los discípulos, renacidos a la vida nueva del Reino de Dios por el agua y el Espíritu. De esta compañía y asistencia permanente del Espíritu da testimonio en especial el libro de los Hechos de los Apóstoles, que bien podría ser llamado Libro de los Hechos de los Apóstoles y del Espíritu Santo. La primera lectura nos ofrecido el testimonio de la asistencia del Espíritu a la primera comunidad apostólica cuando tiene que realizar el difícil discernimiento sobre la vinculación de la ley de la antigua alianza para el pueblo de la nueva alianza, sellada con la sangre de Cristo. Dicho de otra manera, se trataba de discernir la fuente y origen de nuestra salvación: el cumplimiento de los preceptos de la ley antigua o, por el contrario, la fe y la gracia de Jesucristo. Muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación. Y la primera comunidad apostólica expresó su convicción de ser guiada por el Espíritu Santo en su discernimiento al escribir a la Iglesia de Antioquia: “*Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros, no imponer más cargas que las indispensables*”



Carlos López Hernández

Un eco actual de esa asistencia permanente del Espíritu Santo a su Iglesia nos lo ofrece la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II en estos términos: “El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gal 4, 6; Rom 8, 15-16.26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12, 1 Cor 12,4; Gal 5, 22) (LG 4)... La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (cf. 1 Jn 2, 20.27) no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos laicos presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres” (LG 12a).

+